

Siguiendo los tiempos, el autor describe los esfuerzos de la Edad Media para concebir y organizar el ideal de una sociedad cristiana, los conflictos de las ideas contrarias, la aportación de Sto. Tomás de Aquino, las corrientes nominalistas, que prepararon los nuevos tiempos; es decir, la sociología moderna, cuyos principios y resultados describe ampliamente, siguiendo a sus maestros: Grocio, Kant, Hegel, Rousseau, Comte, Marx...

Al examen histórico sigue una elaboración personal, que comprende las páginas 188-419. Frodl aporta en ella los resultados más seguros y firmes de la especulación actual sobre la esencia, formas, estructura e ideal de la sociedad, no sin haberse asegurado antes el terreno que pisa con consideraciones sobre el método sociológico. En la elaboración realiza tanto el aspecto antropológico como el social. Como pensador cristiano, tiene para él vigencia la distinción entre el orden natural y sobrenatural, en que se mueve el hombre, y examina su semblante de imagen natural y sobrenatural de Dios, donde radica su dignidad que le eleva lo mismo a él, que a la sociedad que forma, a un nivel superior sobre todos los demás tipos de agrupaciones orgánicas o animales.

Analiza el ser humano con sus actividades propias, descubriendo en él una esencia social y una caracteriología propia, sin olvidar su constitución humoral, tan importante para la biología de las personas, con reflejos sociales.

Una parte muy interesante de estos estudios constituyen *los actos sociales*, que dan como una fenomenología de la sociedad: tales son el contagio sentimental, la compenetración espiritual (Einfühlung) la compasión, el amor, el odio, el lenguaje, la mímica, el canto, la esencia bipersonal de la naturaleza humana, la constitución sexual.

También se deben tener en cuenta en la sociología los factores ambientales, y entre ellos se cuentan los influjos cósmicos, el tiempo, la atmósfera, el clima, el suelo, el paisaje, el calendario, el ambiente personal, o la masa humana con sus estados de opinión y variaciones de opinión, sus slogans, que tanto quitan o ponen en la vida espiritual humana. Considera con atención los principios asociativos, como la generación, la vida común, la libre decisión, el matrimonio, la familia, la estirpe, la raza, el pueblo, la nación, el Estado, la sociedad de naciones, los partidos políticos, las clases.

Un estudio sobre la sociedad sobrenatural que es la Iglesia completa la obra que examinamos.

Como puede notarse, la obra de Frodl plasma un vasto organismo de ideas, donde nada se olvida. Tal vez el lector sentirá alguna vez la impresión de pesadez, de lentitud expositiva, hasta de cansancio en seguir al autor por los ambages de sus discursos. Pero la mucha doctrina compensa sin duda estos trabajos. Y no deja de ser un acierto en haber acogido no sólo los elementos más esenciales para iluminar el hecho de la sociedad humana y sus formas, cuales son los principios teológicos, filosóficos, psicológicos, éticos, sino también otros factores, que no se pueden olvidar, como la patria, la geografía, el lenguaje, la nación...

En resumen, Frodl nos ha dado una sociología fundamental, en que se resumen y valoran las investigaciones más actuales de nuestro tiempo.

VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.

JOHANNES STELZENBERGER. — *Syneidesis, conscientia, Gewissen. Studie zum Bedeutungswandel eines moraltheologischen Begriffes.* (Abhandlungen zur moraltheologie, V). — Ferdinand Sehening, Paderborn, 1963. — 155 × × 232 mm. — 203 págs.

Todavía no hace mucho tiempo, J. Stelzenberger nos dio el estudio monográfico sobre la conciencia en S. Agustín —*Conscientia bei Augustin*— que forma parte de las publicaciones de Teología Moral que viene editando y que con este que anunciamos aquí, llega al V volumen. También aquí la conciencia es objeto de una investigación particular, que se extiende a todos los tiempos, desde los griegos que crearon la palabra *Syneidesis*, y los latinos, como Cicerón que la tradujeron por *conscientia* hasta nuestros días.

El autor ha manejado una vasta masa de documentos, puntualizando siempre con precisión y exactitud los lugares en que la palabra *conscientia* es usada en algunos de sus sentidos: psicológico, jurídico, moral.

Ya en las más antiguas culturas —de egipcios, asirios, babilonios, semitas, griegos, romanos, mayas, incas, aztecas...— hallamos la distinción entre lo bueno y malo, y por lo mismo normas éticas y escala de valores, enlazados con la conciencia, o con el corazón. Al espíritu humano le costó su tiempo para entrar en posesión de la idea misteriosa y compleja de la conciencia. Según B. Snell, Eurípides es uno de los primeros en llamar la atención sobre el estado de la conciencia atormentada por haber obrado mal.

La antigüedad clásica fijó ya las interpretaciones y sentidos principales que han pasado al lenguaje universal. La conciencia significa la facultad perceptiva, reflexiva, judicativa, la de valoración moral, la del remordimiento. Cicerón habla de la *conscientia testis, magna vis conscientiae, stabilis conscientia*, como de un fondo indestructible del espíritu y que es regalo de los dioses. Suya es también la expresión *morderi est melius conscientia*, tan usual en el lenguaje moral. En el gran orador romano es rico el lenguaje alusivo a los tormentos de la conciencia malvada.

Después de la Antigüedad, repasa el autor los múltiples testimonios sobre la conciencia en el Nuevo Testamento, en la Patrística y Edad Media.

S. Pablo es quien en el Nuevo Testamento usa más veces la palabra mencionada y entre los Padres. S. Juan Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Agustín, S. Jerónimo y otros le ofrecen abundante materia de selección. Los pensadores de la Escolástica especularon largamente sobre la conciencia en su aspecto especulativo y práctico. Las urgencias de la práctica pastoral crearon más tarde la literatura de los *Casus conscientiae*, que aparecen en el año 1600.

Un aspecto profundo en que profundizaron los escolásticos es el de la *sindéresis*. La última parte la dedica el autor a la edad moderna, a los filósofos franceses e ingleses, a los teólogos protestantes, a los moralistas católicos y a los fenomenólogos, psicólogos y filósofos del siglo XX.

VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.

JEAN TONNEAU, *Absolu et obligation en morale* (Conférence Albert-Le-Grand 1964). — Libr. J. Vrin, 6 Place de la Sorbonne, Paris, 1965. — 120 × 190 mm. — 128 págs.

Si hay algo en que los moralistas muestren una rara unanimidad es en lo que se refiere al papel decisivo y fundamental de la obligación. Basta consultar algunas páginas de cualquier manual de filosofía o de teología moral para convencerse de ello. Esta unanimidad desaparece cuando los autores tratan de formular su concepción propia de la obligación moral, o cuando intentan establecer su justificación o exponer el fundamento de esa obligación. Pero, a pesar de todas las dificultades, y al margen de construcciones frágiles y de hipótesis complicadas, el carácter absoluto y el papel fundamental de la obligación siguen teniendo vigor y validez en